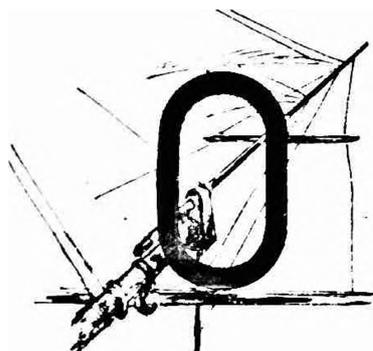

Santiago (Chile) Noviembre y Diciembre 1979

Volumen 96

Número 6



EL COMIENZO DE LA CAMPANA TERRESTRE EN 1879



mediante el inicio de la campaña de Tarapacá, en aquella guerra de heroicos recuerdos, ocurrida hace cien años.

BTENIDO el dominio del mar con la captura del "Huáscar" en Angarrios, quedaba abierta, sin problemas de comunicaciones marítimas, la posibilidad de iniciar la ansiada participación del Ejército después de largas deliberaciones, se eligieron dos lugares para desembarcar las tropas: Pisagua y Junín, y ello se haría simultáneamente. En Junín no había defensas, pero sí una playa rocosa muy poco apropiada para estos efectos; en Pisagua, buenas defensas al norte y al sur con cañones Parrots de 100 libras protegidos con sendas barbetas de piedras y parapetos de sacos rellenos de arena.

La costa de la bahía es muy accidentada y en toda la orilla del mar existe un roquerío muy apropiado para el ocultamiento de cualquier soldado defensor. Su faja es muy angosta y orlada de colinas suaves que van elevándose en altura a medida que se alejan del mar.

Lo primero que había que hacer era silenciar los fuertes y ésta fue tarea de la escuadra. Previamente se arriaron los botes, los que se reunieron a las órdenes del comandante

Enrique Simpson, encargado del embarque de la tropa en las embarcaciones menores y de su despacho a tierra cuando llegara el momento oportuno.

El "Cochrane"* y la "O'Higgins", a cargo de Latorre y Montt respectivamente, atacaron el fuerte sur, rompiendo el fuego el "Cochrane" a 1300 metros, a las siete de la mañana del 2 de noviembre de 1879, y casi inmediatamente lo hacia la segunda division, formada por la "Magallanes" y la "Covadonga", mandadas por Condell y Orella, con la batería norte. Esta contestó con un solo cañonazo, el único que logró disparar, porque al segundo tiro el cañón quedó silenciado.

En el fuerte sur, aunque hubo mayor resistencia, el porcentaje de impactos de los buques chilenos fue tan alto que pronto quedó inoperante. Aquí se distinguió el guardián José Brito de la "O'Higgins" como un excelente cabo de cañón.

A las diez de la mañana salía de los buques la primera ola de embarcaciones. Cada bote era mandado por un oficial de Marina, desde teniente segundo a aspirante.

Las flotillas eran guiadas por Simpson, acompañado por el coronel Sotomayor, y la distribución de los hombres fue encargada al capitán de corbeta Constantino Bannen, segundo del "Loa". Eran 17 embarcaciones por ola, que llevaban 450 soldados. Los primeros fueron del regimiento Atacama.

En tierra había más o menos 1.400 hombres entre peruanos y bolivianos, que se parapetaron detrás de las rocas y abrieron fuego de fusilería causando numerosas bajas entre la tropa y los bogas, y si la puntería hubiera sido mejor, habría producido una gran carnicería. En medio de esta lluvia de balas, los chilenos llegaron a la playa, saltaron a tierra y con el agua a la cintura se precipitaron sobre las trincheras. En ese momento el teniente de Marina Barrientos, del "Loa", arrancó la bandera de su embarcación y saltó a tierra, acompañado por el guardiamarina Fuentes, y al frente de unos quince soldados se dirigió a un morrito, y batiéndose a la bayoneta o con los rifles tomados del cañón a guisa de porras, eliminaron a algunos soldados bolivianos, pusieron en fuga al resto y clavaron la bandera chilena en la posición. Varados todos los botes, iniciaron los soldados la penetración hacia el interior, mientras las embarcaciones volvieron a bordo a buscar la ola siguiente. El ascenso fue penosísimo, por un camino empinado, arenoso y difícil, pero aún así hacían estragos en el enemigo, que huía hacia el alto.

Con la artillería de los buques se atacó exitosamente el ferrocarril y las rumas de carbón y salitre donde se mantenían refugiadas gran parte de las tropas defensoras. Las granadas de la artillería naval encendieron el salitre y comenzaron los incendios.

Con el desembarco en oleadas sucesivas, el combate cobró mayor unidad y, tras un esfuerzo inaudito, las tropas chilenas llegaron a la pampa del Hospicio, en la cumbre de la meseta, acezando y agobiadas por el cansancio. El enemigo había retirado ya sus efectivos al interior y en el Hospicio só-

EDITORIAL

lo quedaron algunos heridos recibiendo atención sanitaria en carpas dejadas por las ambulancias. La flota, suspendido el cañoneo desde el momento en que las tropas iniciaron la ascensión, pudo ver cómo a las tres de la tarde el teniente Rafael Torreblanca, del Atacama, clavaba la bandera chilena en un poste de telégrafo en el alto del Hospicio.

Las bajas chilenas ascendieron a 58 muertos y 173 heridos; las de los aliados se calcularon en 200, sin contar con los leves y contusos, que abandonaron el campo siguiendo a sus batallones vencidos.

Con esta operación militar se abrieron los accesos de la provincia de Tarapacá y se dejó al Ejército en condiciones de dirigirse al interior en busca de agua, por cuanto el ferrocarril fue dejado intacto.

Se había iniciado la campaña terrestre de la Guerra del Pacífico.